

2026/12

cei *pa**z*

INFORME

SIRIA Y LA RECONSTRUCCIÓN DE LO
COMÚN: PENSAR LA PAZ MIENTRAS
PERSISTE LA VIOLENCIA

PAULA HERRANZ

Esta publicación cuenta con la colaboración de la Cooperación Española a través de la Agencia Española de Cooperación (AECID). El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de CEIPAZ y no refleja, necesariamente, la postura de la AECID.



Convocatoria de innovación de acciones de conocimiento 2024/ACDE/001026.

CEIPAZ, (Centro de Educación e Investigación para la Paz) fue creado en 2007 en el ámbito de la investigación y los estudios de paz y el desarrollo. Estudia y divulga desde una perspectiva multidisciplinar la relación entre conflictos, desarrollo y educación desde un enfoque de género y feminista. Analiza las principales tendencias en el sistema internacional, las raíces de los conflictos armados y las principales propuestas para su resolución pacífica. Promueve la investigación y el análisis, la formación y la transferencia del conocimiento.

Colección Informes CEIPAZ nº 12

Autor: Paula Herranz

Título: Siria y la reconstrucción de lo común: pensar la paz mientras persiste la violencia

Editado por CEIPAZ

Lugar: Madrid

Abril 2026

Disponible en: <https://ceipaz.org/publicaciones/informes/>

ISSN: 3045-6347

Contacto: info@ceipaz.org



Siria y la reconstrucción de lo común: pensar la paz mientras persiste la violencia

Esta publicación está sujeta a una licencia de Creative Commons. Se permite la reproducción total o parcial, la distribución y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con fines comerciales, y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

ÍNDICE

0. Resumen.....	3
1. Marco conceptual.....	3
2. Pensar la paz en contextos de violencia persistente.....	5
3. Geografías desiguales de la paz.....	7
4. Retorno, movilidad y reorganización social.....	9
5. Economías fragmentadas y desafíos materiales para la construcción de paz.....	11
6. Víctimas, memoria y justicia en una transición sin arquitectura de paz.....	13
7. Conclusiones.....	19
8. Referencias bibliográficas.....	23

Resumen

Tras catorce años de guerra, Siria se encuentra en un momento paradójico: la intensidad del conflicto armado ha disminuido, pero las violencias estructurales, económicas y sociales continúan organizando la vida diaria. Este informe analiza la transición siria desde el marco de la paz imperfecta, entendida no como ausencia de guerra, sino como proceso inacabado donde coexisten dinámicas de violencia y prácticas cotidianas de convivencia. A partir de un enfoque multidimensional, se examinan las geografías desiguales de la estabilidad, los procesos de desplazamiento y retorno, la reorganización económica del país y las disputas por la memoria y el reconocimiento del daño. El análisis muestra cómo la aparente estabilización territorial convive con profundas desigualdades sociales y con la ausencia de mecanismos de justicia transicional, incluidas las transformaciones en las relaciones de género producidas por la guerra, la situación específica de mujeres y niñas y su limitada capacidad de incidencia en los procesos formales de paz. En este contexto, la construcción de paz en Siria no depende únicamente de acuerdos políticos o equilibrios geopolíticos, sino también de las prácticas sociales, económicas y comunitarias que sostienen la vida cotidiana y abren, de forma frágil, la posibilidad de reconstruir lo común.

1. Marco conceptual

En Siria, catorce años de guerra han modelado, junto al paisaje político e institucional, expectativas, relaciones y subjetividades, especialmente entre la población joven que ha crecido en un contexto de violencia. Este artículo parte de la superación conceptual de identificar la paz con la ausencia de guerra. Como señaló Johan Galtung en *Violence, Peace and Peace Research*, reducir la paz a la mera cesación de hostilidades ("paz negativa") invisibiliza las violencias estructurales y culturales que perviven cuando los combates se silencian^[1].

Para abordar respuestas que abarquen esa complejidad, este texto se articula en un marco teórico en tres niveles de análisis, basado en el concepto de Paz Imperfecta de Francisco A. Muñoz^[2].

1. Eje ontológico-epistemológico: el conflicto como dimensión constitutiva de la vida social

La paz imperfecta de Francisco A. Muñoz permite pensar la paz cuando la violencia no desaparece, sino que se transforma y coexiste con prácticas parciales de regulación del conflicto.^[3]

Desde esta perspectiva pueden examinarse la distribución territorial desigual de la violencia y el control político, los procesos de desplazamiento y retorno que mantienen fragmentada a la sociedad siria, así como la transformación de las relaciones de género en la vida cotidiana tras años de guerra.

^[1] Galtung, Johan, "Violence, Peace and Peace Research". *Journal of Peace Research*, 1969, pp. 168–171, 183–184.

^[2] Muñoz, Francisco A., *La paz imperfecta*. Granada: Universidad de Granada, 2001, pp. 14, 21, 25–27, 35–36.

^[3] El concepto de paz imperfecta desarrollado por Francisco A. Muñoz es el marco del que parte la iniciativa web La Paz Imperfecta (<https://lapazimperfecta.org/>), de Médicos del Mundo España. A través de crónicas y testimonios sobre el noreste de Siria, la web documenta prácticas cotidianas de cuidado, acuerdos locales y formas de reconstrucción de lo común que sostienen la vida pese a la persistencia de la violencia, mostrando cómo la paz se negocia también en el terreno de lo local y lo comunitario.

Rim Turkmani en *Local Agreements as a Process* documenta entre otros ejemplos, acuerdos locales en Homs que, pese a la asimetría, abren espacios de reorganización cotidiana^[4].

2. Eje ético-político: reconocimiento del daño y reconstrucción de lo común

Vicente Martínez Guzmán en *Filosofía para hacer las paces* presta el marco para evaluar cómo se convive en contextos de miedo y asimetría^[5]. En Siria no se está viviendo una situación de posguerra ni de reconciliación actualmente, sino de convivencias forzadas. Reconocer el daño no es un ideal abstracto hoy: dar voz a las víctimas (mujeres y niñas, activistas, personas kurdas, minorías, etc.) se convierte en un problema de seguridad.

Desde este enfoque se hace visible la fractura del tejido social, la persistencia de la impunidad y las disputas por la memoria y el reconocimiento del daño en una sociedad donde existe convivencia sin reconciliación.

Yassin al-Haj Saleh en *The Impossible Revolution* analiza la resistencia y solidaridad cotidiana siria surgidas pese a la brutalidad, con personas que han sido profundamente dañadas^[6]. Su propuesta de reconstruir lo común desde las ruinas, tarea no solo política, sino civilizatoria de toda la población, conecta con la paz imperfecta como proceso inacabado.

3. Eje estructural-crítico: violencias superpuestas y mecanismos de legitimación

Galtung permite comprender Siria como un sistema de violencias superpuestas como la violencia directa expresada en combates, asesinatos, bombardeos, etc., la violencia estructural evidenciada en la pobreza, la inseguridad alimentaria, el colapso sanitario, y el desplazamiento, etc., y la violencia cultural representada en la estigmatización, la falta de libertad y las restricciones a las manifestaciones plenas de las identidades^[7]. Este marco cuestiona el discurso de "estabilización" en Siria, cuando persisten condiciones de violencia en sí mismas.

Desde este marco resulta posible observar cómo el poder estatal y los aparatos de seguridad, las economías de guerra, el trauma psicosocial acumulado y las dinámicas geopolíticas internacionales configuran un sistema donde la violencia se institucionaliza y se vuelve administrable.

Hannah Arendt en *Eichmann in Jerusalem* explica cómo la violencia extrema puede volverse administrable. En Siria, detenciones por listas, tortura sistemática o desapariciones muestran cómo el horror se convirtió en procedimiento burocrático.

^[4] Turkmani, Rim, "How Local Are Local Agreements? The Example of Local Talks in Homs in Syria". *Peacebuilding*, 2022, p. 3.

^[5] Martínez Guzmán, Vicente, *Filosofía para hacer las paces*. Barcelona: Icaria, 2001, pp. 233–236, 239–242.

^[6] Al-Haj Saleh, Yassin, *The Impossible Revolution: Making Sense of the Syrian Tragedy*. London: Hurst & Company, 2017, p. 170-176.

^[7] Galtung, Johan, "Cultural Violence". *Journal of Peace Research*, 1990, p. 291- 294.

El análisis de este artículo se estructura en cinco dimensiones que permiten examinar cómo se configura o se bloquea la construcción de paz en Siria. En primer lugar, se analiza cómo la experiencia prolongada de la guerra ha transformado el significado mismo de la paz y las expectativas sociales sobre la transición (cap. 2). En segundo lugar, se estudian las geografías desiguales de la estabilidad y la fragmentación territorial del poder (cap. 3). En tercer lugar, se aborda el impacto del desplazamiento y el retorno en la reorganización social (cap. 4). En cuarto lugar, se examinan las dinámicas económicas de la posguerra (cap. 5). Finalmente, se analiza el reconocimiento del daño, la memoria y la justicia como bases de una reconstrucción social duradera (cap. 6). En el apartado que sigue, este entramado teórico se desplegará para analizar y recorrer las dimensiones que configuran la transición en Siria: un país en el que las violencias no son un acontecimiento excepcional, sino que, a lo largo de estos años, se han convertido en una gramática de lo cotidiano; pero también un país con espacios donde persisten acuerdos tácitos, prácticas de cuidado y formas de convivencia en paz que desafían la violencia.

2. Pensar la paz en contextos de violencia persistente

Antes de analizar territorios, economías o instituciones, es necesario comprender cómo una sociedad que ha vivido catorce años de guerra redefine el significado mismo de la paz. La construcción de paz no puede entenderse aquí como un punto de llegada, sino como un campo de tensiones donde coexisten dinámicas de guerra y prácticas de cooperación que emergen incluso allí donde los acuerdos formales no han llegado.

Aunque la intensidad de los combates ha disminuido, persisten zonas donde se registran episodios periódicos de violencia armada. Al mismo tiempo, la vida cotidiana sigue organizada por formas estructurales y culturales de inseguridad y violencia: fragmentación territorial, precariedad económica, desplazamiento prolongado de población, debilidad institucional, etc.^[8]. Desde esta perspectiva, la cuestión no es cuándo terminó la guerra, sino qué tipo de paz puede construirse cuando las estructuras que sostuvieron la violencia durante la guerra siguen activas. La paz no puede reducirse a la ausencia de proyectiles; mientras el miedo, la precariedad y la desconfianza sigan organizando el acceso a lo cotidiano, la guerra continúa por otros medios, incrustada en instituciones debilitadas, en economías de la escasez, en identidades endurecidas por años de supervivencia.

^[8] Esta coexistencia refleja la interrelación entre violencia directa, estructural y cultural descrita por Johan Galtung (Galtung, Johan, "Violence, Peace and Peace Research". *Journal of Peace Research*, 1969, pp. 168-171, 183-184; Galtung, Johan, "Cultural Violence". *Journal of Peace Research*, 1990, pp. 291-294)

El conflicto en Siria también ha reconfigurado las relaciones de género que organizan la autoridad social y política. Los catorce años de guerra han tendido a reforzar estructuras de poder masculinizadas en las que la legitimidad política y social se asocia con liderazgo militar, la capacidad de ejercer protección armada, o el control territorial. Diversas organizaciones humanitarias han advertido además que la inseguridad prolongada, la dependencia económica y la ruptura de redes familiares aumentan la exposición de mujeres y niñas a distintas formas de violencia, incluida la violencia sexual, la explotación y los matrimonios forzados en contextos de desplazamiento.^[9]

La construcción de paz sostenible exige desmilitarizar las subjetividades: desaprender que la autoridad se mide en capacidad coercitiva, proteger es ocupar territorio, la legitimidad se demuestra en controles de carretera. Esto ha tenido consecuencias para la construcción de paz: incluso hoy que la violencia directa ha disminuido, los espacios donde se negocian seguridad, recursos o gobernanza local continúan organizándose alrededor de lógicas de poder forjadas durante la guerra. Desde esta perspectiva, analizar la paz en Siria implica también examinar hasta qué punto la transición reproduce estas jerarquías masculinizadas o abre espacios para formas más inclusivas de autoridad social y política.

El conflicto se entiende como un proceso abierto donde actores estatales, locales e internacionales disputan recursos, reconocimiento y autoridad mediante arreglos parciales que no resuelven el conflicto, pero sí transforman su forma

Pensar Siria desde la Paz Imperfecta implica abandonar una visión lineal de guerra-negociación-paz. El conflicto se entiende como un proceso abierto donde actores estatales, locales e internacionales disputan recursos, reconocimiento y autoridad mediante arreglos parciales que no resuelven el conflicto, pero sí transforman su forma. En este sentido, como nos indica John Paul Lederach en *The Little Book of Conflict Transformation*^[10], los acuerdos

políticos o tratados diplomáticos formales representan solo una parte del proceso de construcción de paz, más debe analizarse también aquellas relaciones, prácticas y arreglos sociales que, rara vez aparecen en los titulares internacionales y, permiten contener la violencia, reducir el daño y sostener la vida común.

Si la paz en Siria se redefine en un contexto donde la violencia no ha desaparecido, el siguiente paso consiste en observar cómo esas dinámicas se expresan en el territorio, produciendo configuraciones profundamente desiguales de seguridad y estabilidad.

^[9] United Nations Population Fund (UNFPA), *Voices from Syria 2024: Assessment of Gender-Based Violence in Humanitarian Settings*. Amman: UNFPA, 2024. p 12-13.

^[10] Lederach, John Paul, *Building Peace: Sustainable Reconciliation in Divided Societies*. Washington D.C.: United States Institute of Peace Press, 1997, p. 39.

3. Geografías desiguales de la paz

La transición siria no se despliega de manera uniforme: la experiencia de la paz varía profundamente según el territorio, el tipo de autoridad que lo gobierna y las condiciones materiales que organizan la vida cotidiana.

El territorio sirio ha quedado configurado por múltiples órdenes de autoridad superpuestos que producen configuraciones de estabilidad y conflicto diferentes. Algunas zonas están bajo control directo del gobierno central; otras funcionan mediante administraciones locales, estructuras de facto o arreglos híbridos donde se combinan actores armados, instituciones civiles y mediaciones comunitarias.

El noreste del país (NES) constituye uno de los ejemplos más claros de esta fragmentación^[1]. La región combina instituciones civiles autónomas, presencia militar estatal y acuerdos tácticos con actores internacionales. En enero de 2026, los enfrentamientos en esta zona provocaron el desplazamiento de más de 150.000 personas en pocos días, mostrando la fragilidad de los equilibrios existentes, según el informe Syria Complex Emergency Appeal MDRSY014 de la Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (IFRC). A pesar de ello, semanas después se habían restablecido parcialmente servicios básicos como agua y electricidad en ciudades como Kobani y Qamishli, según el informe Humanitarian Response in Aleppo and the Northeast Governorates, Situation Report No. 3 de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas (OCHA)^[2]. Este tipo de recuperación parcial muestra que la estabilidad no depende únicamente de acuerdos políticos formales, sino también de la capacidad de actores locales para coordinar respuestas pragmáticas que eviten el colapso completo de la vida cotidiana.

Turkmani ha mostrado que durante la guerra siria se desarrollaron acuerdos locales orientados precisamente a garantizar necesidades básicas. En Homs, por ejemplo, actores enfrentados negociaron arreglos informales para permitir el paso de alimentos, combustible y ayuda.^[3] Estos acuerdos no resolvieron el conflicto político, pero sí redujeron su intensidad y sostuvieron un nivel mínimo de funcionamiento social.

Esta gestión práctica de lo cotidiano adopta formas muy concretas y profundamente desiguales según el territorio. En ciudades como Kobani y Qamishli,

^[1] International Federation of Red Cross and Red Crescent Societies (IFRC), Syria Complex Emergency Appeal MDRSY014. Geneva: IFRC, 2026, p. 1. A fecha de 4 de marzo de 2026, el número de desplazados internos se había reducido a 116.900, según Office for the Coordination of Humanitarian Affairs (OCHA), *Syria: Humanitarian Response in Aleppo and the North-East | Humanitarian Situation Report No. 4 (As of 4 March 2026)*. New York: United Nations, 2026, p. 1.

^[2] Office for the Coordination of Humanitarian Affairs (OCHA), Humanitarian Response in Aleppo and the Northeast Governorates, Situation Report No. 3. New York: United Nations, 2026, p. 2.

^[3] Turkmani, Rim, "Local Agreements as a Process: The Example of Local Talks in Homs in Syria". Peacebuilding, 2022, pp. 156-158.

la estabilidad no se traduce primero en instituciones consolidadas, sino en la posibilidad de reparar líneas eléctricas, reactivar estaciones de bombeo de agua y reabrir parcialmente hospitales y panaderías ^[14]. Otro ejemplo es Aleppo, donde la vida continúa profundamente condicionada por la destrucción acumulada, la inseguridad en determinados barrios y la dificultad de garantizar retornos sostenibles, incluso cuando disminuyen los combates, según el informe Syrian Arab Republic: Flash Update No. 4 – Clashes in Aleppo de OCHA ^[15]

Estas geografías de la paz son también de género. Los espacios donde actualmente se negocian acceso a recursos, la seguridad o la protección (comités locales, estructuras de seguridad, intermediación de bienes y transporte o mediaciones comunitarias) siguen estando masculinizados, no solo por su composición, sino por la lógica de autoridad reforzada durante la guerra que los organiza: mando, capacidad coercitiva, control territorial y opacidad. Es decir, que la estabilización territorial puede progresar sin transformar las relaciones de poder que definen quién habla y quién decide.

Estas geografías de paz son también de género. Los espacios donde actualmente se negocian acceso a recursos, la seguridad o la protección (comités locales, estructuras de seguridad, intermediación de bienes y transporte o mediaciones comunitarias) siguen estando masculinizados, no solo por su composición, sino por la lógica de autoridad reforzada durante la guerra que los organiza: mando, capacidad coercitiva, control territorial y opacidad.

En el noreste, por ejemplo, la reconstrucción parcial de servicios básicos tras la escalada de enero de 2026 coexistió con un fuerte aumento de riesgos de violencia basada en género en refugios temporales hacinados y sin privacidad, según el informe Aleppo & Northeast Syria Flash Appeal del Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA) ^[16] La paz territorial, si permanece inscrita en espacios de poder masculinizados como hasta ahora, puede reducir la confrontación armada sin ampliar necesariamente la protección ni la participación y reproducir violencias.

El territorio no es, por lo tanto, solo un espacio físico donde se distribuyen infraestructuras o actores armados, sino también un espacio donde se reorganizan identidades, relaciones de poder y expectativas de seguridad.

[14] Office for the Coordination of Humanitarian Affairs (OCHA), Humanitarian Response in Aleppo and the Northeast Governorates, Situation Report No. 3. New York: United Nations, 2026, pp. 1-2.

[15] Office for the Coordination of Humanitarian Affairs (OCHA), Syrian Arab Republic: Flash Update No. 4 – Clashes in Aleppo. New York: United Nations, 2026, p. 1.

[16] United Nations Population Fund (UNFPA), Aleppo & Northeast Syria Flash Appeal. New York: UNFPA, 2026, p. 2.

Es por ello por lo que la construcción de paz tiene que abordar necesariamente no sólo la reparación material sino también de manera profunda reordenar las relaciones territoriales que estructuran la autoridad política, la protección comunitaria y el acceso a recursos básicos. Sin embargo, la transformación del territorio no puede comprenderse plenamente sin analizar también la movilidad masiva de la población que la guerra ha provocado y los procesos de retorno que están reconfigurando las comunidades sirias.

4. Retorno, movilidad y reorganización social

Tras años de desplazamiento masivo, la reconstrucción de la convivencia en Siria depende en gran medida de cómo comunidades profundamente transformadas renegocian pertenencias, relaciones sociales y expectativas de futuro. El desplazamiento masivo constituye una de las transformaciones sociales más profundas producidas por la guerra en Siria, alterando estructuras familiares, pertenencias y economías locales.

La reconstrucción de la convivencia en Siria depende en gran medida de cómo comunidades profundamente transformadas renegocian pertenencias, relaciones sociales y expectativas de futuro

Desde el comienzo de la guerra en 2011, más de 13 millones de personas han sido desplazadas, lo que equivale a más de la mitad de la población previa a la guerra, según el informe Global Trends 2025 del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)^[17] De ellas, más de 6 millones continúan viviendo como refugiadas fuera del país, mientras que otros 6,8 millones permanecen desplazadas dentro del territorio sirio, según datos del Syria Operational Update de ACNUR^[18] Al mismo tiempo, desde finales de 2024 millones de personas desplazadas internas y refugiadas han comenzado a regresar a determinadas regiones, según el informe Global Humanitarian Overview 2026 de OCHA^[19]

Sin embargo, el retorno no debe comprenderse como un simple movimiento físico de población, sino como un proceso de reinserción social y económica profundamente incierto dado que las comunidades y ciudades a las que regresan han sido profundamente transformadas durante los años de la guerra.

Alexander Betts en Refugee Economies muestra que las comunidades desplazadas desarrollan estrategias económicas y sociales para adaptarse a la movilidad forzada, articulando remesas e intercambios entre territorios de origen y diásporas^[19]. Estas conexiones transnacionales en Siria son parte de la estructura de supervivencia del día a día. Las remesas enviadas desde países del Golfo, Europa o Turquía sostienen a numerosos hogares y condicionan las posibilidades de reconstrucción del país.

[17] United Nations High Commissioner for Refugees (UNHCR), Global Trends: Forced Displacement in 2025. Geneva: UNHCR, 2025, p. 32.

[18] United Nations High Commissioner for Refugees (UNHCR), Syria Operational Update. Geneva: UNHCR, 2026, p. 3.

[19] Office for the Coordination of Humanitarian Affairs (OCHA), Global Humanitarian Overview 2026. New York: United Nations, 2026. Par 6

Sin embargo, estas redes también producen nuevas desigualdades. Las familias con acceso a migración previa o apoyo desde el extranjero tienen más posibilidades de recursos para rehacer una vida mínimamente sostenible que aquellas que dependen exclusivamente de economías locales debilitadas por años de guerra, inflación y desempleo.

El aumento de hogares encabezados por mujeres no se traduce en empoderamiento de manera automática. Las mujeres sostienen más economía doméstica, más gestión cotidiana del retorno y más cuidado de infantes y personas mayores o en situación de dependencia, pero siguen encontrando mayores barreras para acceder a crédito, propiedad, documentación o reconocimiento social, sustancialmente en zonas donde el parentesco con detenidos, desaparecidos o excombatientes las vuelve sospechosas o vulnerables. En este sentido, el retorno no es solo una cuestión de vivienda o de seguridad; es también una renegociación desigual de poder en comunidades donde la guerra modificó quién sostiene la vida y quién conserva autoridad sobre ella^[21].

En algunos territorios, el desplazamiento prolongado ha modificado significativamente la composición demográfica de barrios y pueblos. Las disputas por la propiedad de viviendas y tierras agrícolas se han convertido en uno de los desafíos más complejos del periodo actual. En este contexto, la estabilidad futura dependerá en buena medida de cómo se gestionen esos conflictos, de qué mecanismos existan para resolverlos y de hasta qué punto las comunidades puedan negociar nuevas formas de convivencia. Estas dinámicas se desarrollan además en una sociedad profundamente joven: cerca del 70 % de la población siria tiene menos de 35 años y ha crecido en un entorno marcado por la guerra^[22].

En un contexto donde nueve de cada diez personas viven en pobreza, según el informe *Accelerating Economic Recovery in Syria* del PNUD, el futuro sigue imaginándose fuera del país^[23]. Esta crisis golpea con mayor dureza a las mujeres, cuya participación laboral apenas alcanza el 10 %^[24]. Los hombres, si bien sufren también un desempleo del 25 %^[25], han conservado un acceso preferente al mercado laboral, lo que amplía la brecha de género en la supervivencia económica.

[21] UN Women, *Women's Economic Participation in Syria*. New York: UN Women, 2024, p. 14; UN Women, *Disrupted Families: The Gendered Impacts of Displacement and Return in Syria*. New York: UN Women, 2018, pp. 6–8.

[22] *PopulationPyramid.net*, Syrian Arab Republic Population Pyramid 2026.

[23] United Nations Development Programme (UNDP), *Accelerating Economic Recovery in Syria*. New York: UNDP, 2025, p. 2.

[24] Organización Internacional del Trabajo (OIT), *Syria: Labour market recovery and challenges*, Beirut, 2025, p. 3. Según estimaciones de la OIT, la participación laboral femenina en Siria se sitúa en torno al 10 %, una de las tasas más bajas del mundo, debido a factores estructurales, desplazamiento y destrucción del tejido económico.

[25] PNUD, *The Impact of the Conflict in Syria: a devastated economy, pervasive poverty and a challenging road ahead to social and economic recovery*, Ginebra, 20 de febrero de 2025, p. 1

La migración no aparece, por lo tanto, únicamente como consecuencia de la guerra, sino como una estrategia para escapar de un presente caracterizado por escasas oportunidades laborales^[26] y alta incertidumbre política.

La diáspora siria constituye también un espacio transnacional de apoyo económico, social y político hacia el interior del país. A través de organizaciones en el exilio, redes familiares e iniciativas educativas o humanitarias, estas conexiones pueden convertirse, como señala Betts, en infraestructuras sociales que sostienen procesos de reconstrucción en contextos institucionales frágiles^[27]. Este fenómeno ha sido descrito como *peacebuilding* transnacional, un proceso en el que actores dispersos geográficamente contribuyen, desde distintos lugares, a la reconstrucción social, económica y política de sociedades afectadas por conflictos prolongados.^[28]

Estas transformaciones sociales están profundamente condicionadas por las condiciones materiales de vida, lo que hace necesario examinar también las dinámicas económicas que sostienen o dificultan la estabilización social tras años de guerra.

5. Economías fragmentadas y desafíos materiales para la construcción de paz

La estabilidad social en contextos de posguerra no se sostiene únicamente en acuerdos políticos, sino también en las condiciones económicas que permiten, o impiden, reconstruir medios de vida y reducir las desigualdades producidas por el conflicto. Las condiciones económicas en Siria constituyen uno de los factores más importantes y determinantes para comprender las posibilidades reales de estabilización social. La guerra, la fragmentación territorial de los mercados, la destrucción de infraestructuras y el debilitamiento institucional han transformado el sistema productivo del país. Actualmente, alrededor del 90 % de la población vive en situación de pobreza, mientras que el producto interior bruto se ha reducido en más de un 60 % desde 2011^[29]. Simultáneamente, más de 16,5 millones de personas dependen de asistencia humanitaria para cubrir necesidades básicas, según el informe *Global Humanitarian Overview 2026* de OCHA^[2]. Estas cifras reflejan la transformación estructural de la economía siria además de las consecuencias directas de la guerra.

La prolongación de la guerra durante tantos años ha aumentado la aparición de mercados informales y una creciente importancia de economías locales relativamente desconectadas del mercado nacional.

^[26] Las evaluaciones recientes indican que el desempleo juvenil alcanzó aproximadamente el 60 % en 2022, reflejando el impacto acumulado del conflicto en el mercado laboral (United Nations Development Programme (UNDP), *Socio-Economic Impact Assessment of the Syrian Conflict*. New York: UNDP, 2025, p. 1). Incluso las estimaciones más conservadoras sitúan el desempleo juvenil en alrededor del 31 % en 2024, una de las tasas más altas de la región (World Bank, *Youth Unemployment Rate for the Syrian Arab Republic* (Indicator SL.UEM.1524.ZS). Washington D.C.: World Bank, 2024).

^[27] Betts, Alexander, Louise Bloom, Josiah Kaplan y Naohiko Omata, *Refugee Economies: Forced Displacement and Development*. Oxford: Oxford University Press, 2017, p. 7.

^[28] Cindy Horst, "Transnational Livelihoods and Peacebuilding", en *Journal of Peacebuilding and Development*, 2006, p. 19.

Mary Kaldor en *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era* describe estas configuraciones como características de las “nuevas guerras”, donde estructuras estatales debilitadas conviven con redes económicas fragmentadas y sistemas locales de intermediación y el humanitario^[31]. El conflicto no solo destruyó, sino que también generó redes de poder económico que han logrado persistir hasta la actualidad.

La reorganización de los servicios básicos ilustra estas transformaciones territoriales. La red eléctrica nacional funciona de manera intermitente en gran parte del país, lo que ha favorecido la expansión de redes privadas de generadores que abastecen barrios mediante sistemas informales de distribución. Aunque estas infraestructuras permiten mantener parte de la actividad económica diaria, también consolidan nuevas desigualdades en el acceso a recursos básicos. Procesos similares se observan en el abastecimiento de agua o en el transporte.

Por último, la cuestión económica también debe analizarse como un asunto de poder de género. El control de los sectores que estructuran la economía diaria continúa concentrado en espacios masculinizados. Aunque la participación económica de las mujeres ha aumentado durante la guerra, especialmente en hogares desplazados o feminizados, ese cambio ha ocurrido sobre todo en condiciones de precariedad e informalidad, no de redistribución real del poder económico.^[32]

Si la posguerra reactiva mercados sin alterar estas estructuras, la economía puede estabilizarse sin volverse más inclusiva, reproduciendo jerarquías que limitan la participación social y reducen el alcance transformador de la paz. Roger Mac Ginty en *Everyday Peace*; los procesos de paz sostenibles dependen también de la transformación de las relaciones económicas que estructuran el acceso al poder y a los recursos dentro de una sociedad.^[33] En Siria, esto requiere ampliar el acceso a medios de vida para mujeres, jóvenes y comunidades desplazadas o minorías, así como reducir las desigualdades territoriales que han caracterizado la reorganización económica del país durante la guerra.

Pero incluso allí donde la estabilidad territorial o económica comienza a emerger, la reconstrucción de la convivencia depende también de cómo las sociedades enfrentan el legado de la violencia y el reconocimiento del daño producido durante la guerra.

^[31] Kaldor, Mary, *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*. Cambridge: Polity Press, 2012, p. 108.

^[32] UN Women, *Women’s Economic Participation in Syria*. New York: UN Women, 2024, p. 14.

^[33] Mac Ginty, Roger, “Everyday Peace”. *Conflict, Security & Development*, 2014, p. 552.

6. Víctimas, memoria y justicia en una transición sin arquitectura de paz

Ningún proceso de reconstrucción social puede consolidarse plenamente si el daño producido por la guerra permanece sin reconocimiento público ni mecanismos que permitan abordarlo colectivamente. La discusión sobre la paz en Siria suele centrarse en la evolución militar de la guerra, las dinámicas geopolíticas regionales o los acuerdos entre actores armados. Sin embargo, una dimensión esencial de cualquier proceso de paz permanece prácticamente ausente del debate público actual sobre el país: la construcción de mecanismos de verdad, justicia y reparación para las víctimas.

La guerra siria ha producido uno de los mayores niveles de violencia contra civiles del siglo XXI. La Red Siria de Derechos Humanos ha documentado más de un cuarto de millón de muertes de civiles desde el inicio del conflicto.^[34] A esta cifra se suma la angustia de cientos de miles de familias que continúan sin noticias de sus seres queridos: en febrero de 2026, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó una resolución para establecer una institución independiente que determine el paradero de más de 130.000 personas desaparecidas en Siria.^[35] Estas cifras no representan únicamente un balance de pérdidas humanas; reflejan también la magnitud del daño social acumulado durante más de una década de guerra y la magnitud del desafío que enfrenta cualquier proceso de reconstrucción institucional y construcción de paz en el país.

La cuestión central para una eventual transición política y construcción de paz no es únicamente cómo reducir la violencia directa, sino cómo abordar el legado de violencia masiva que continúa estructurando la vida social y política del país.

El impacto de esta violencia no puede comprenderse solamente en términos de víctimas directas. Las detenciones arbitrarias, desapariciones forzadas o las ejecuciones extrajudiciales han generado una incertidumbre prolongada que afecta a cientos de miles de familias a lo largo y ancho de todo el territorio. En ausencia de información oficial sobre las personas desaparecidas, muchas familias y comunidades viven en una situación de duelo suspendido, que dificulta cualquier proceso de elaboración colectiva del pasado. En este sentido, la cuestión central para una eventual transición política y construcción de paz no es únicamente cómo reducir la violencia directa, sino cómo abordar el legado de violencia masiva que continúa estructurando la vida social y política del país.

^[34] Syrian Network for Human Rights, SNHR Annual Report on Civilian Casualties in Syria. Doha: Syrian Network for Human Rights, 2026, pp. 3–4.

^[35] United Nations General Assembly, Resolution on the Establishment of the Independent Institution on Missing Persons in the Syrian Arab Republic, A/RES/77/301, adopted 12 February 2026, párr. 2.

La transición siria se desarrolla, por tanto, en un escenario donde el fin parcial de los combates convive con formas persistentes de violencia estructural, institucional y simbólica que siguen condicionando las posibilidades de reconstrucción social. El caso del campamento de Al-Hol ilustra estas formas de violencia institucional. Durante años, miles de personas —en su mayoría mujeres y niños— permanecieron retenidas en el noreste de Siria en un sistema de confinamiento prolongado sin un estatus jurídico claro ni mecanismos de revisión judicial. Como señala Médicos Sin Fronteras, muchas personas quedaron atrapadas en una forma de detención indefinida justificada en nombre de la seguridad. El cierre del campamento en febrero de 2026 no resolvió esta ambigüedad, sino que trasladó el problema sin abordar las cuestiones de fondo sobre derechos, responsabilidad y protección de estas personas^[36].

Los estudios sobre justicia transicional muestran que los procesos de paz duraderos han de incorporar mecanismos orientados a esclarecer los hechos, reconocer a las víctimas y establecer responsabilidades por los crímenes cometidos. Priscilla Hayner en *Unspeakable Truths: Transitional Justice and the Challenge of Truth Commissions* ha señalado que las comisiones de verdad y otros mecanismos similares cumplen una función fundamental al permitir que las sociedades que han atravesado episodios de violencia masiva elaboren públicamente lo ocurrido y reconstruyan un mínimo consenso sobre el pasado ^[37]. Estos mecanismos no eliminan las divisiones sociales, pero permiten establecer responsabilidades y reconocer el sufrimiento. En este sentido, la justicia no constituye únicamente un mecanismo posterior a la guerra, sino una infraestructura política fundamental para la construcción de paz. El reconocimiento público del daño, la atribución de responsabilidades y la reparación a las víctimas contribuyen a reconstruir la legitimidad institucional sin la cual los procesos de transición tienden a permanecer socialmente frágiles.

En Siria, prácticamente no existe una arquitectura institucional de justicia transicional. Aunque organizaciones locales e internacionales han documentado de manera exhaustiva violaciones de derechos humanos (incluidas torturas sistemáticas, desapariciones forzadas, ataques contra civiles y ejecuciones extrajudiciales), el sistema judicial nacional carece de independencia o capacidad para investigar gran parte de estos crímenes. Algunos procesos judiciales se han desarrollado fuera del país a través del principio de jurisdicción universal, como el histórico juicio de Koblenz en Alemania contra funcionarios de inteligencia sirios por torturas sistemáticas. No obstante, estos procesos siguen siendo excepcionales frente a la magnitud de las violaciones registradas durante estos catorce años de guerra.

Esta ausencia de mecanismos de justicia plantea un problema político profundo. Arendt advirtió que las sociedades que atraviesan episodios de violencia masiva enfrentan una dificultad particular para asumir responsabilidades cuando los crímenes se producen dentro de sistemas burocráticos complejos, donde la violencia se distribuye entre múltiples actores y estructuras administrativas ^[38].

[36] Médecins Sans Frontières (MSF), *After Years of Detention, Former Al-Hol Residents Face Uncertain Future*. Paris: MSF, 2026, párr. 3–4.

[37] Hayner, Priscilla, *Unspeakable Truths: Transitional Justice and the Challenge of Truth Commissions*. New York: Routledge, 2011, p. 20.

[38] Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*. New York: Viking Press, 1963, p. 276.

En estos contextos, el daño no aparece necesariamente como el resultado de decisiones individuales excepcionales, sino como el producto de sistemas organizados que fragmentan la responsabilidad y transforman la violencia en parte del funcionamiento cotidiano de las instituciones.

En el caso sirio, esta lógica permite comprender cómo gran parte de las violaciones de derechos humanos (detenciones arbitrarias, desapariciones forzadas, tortura sistemática o ejecuciones extrajudiciales) se produjeron a través de procedimientos administrativos aparentemente rutinarios: órdenes firmadas, registros carcelarios, interrogatorios formalizados o traslados entre centros de detención. La noción de “banalidad del mal” permite analizar cómo sistemas de represión complejos pueden convertir el daño extremo en procedimientos burocráticos normalizados, ejecutados por múltiples actores dentro de estructuras institucionales^[39].

Esta perspectiva puede complementarse con los estudios sobre violencia situacional desarrollados por Philip Zimbardo en *The Lucifer Effect*, que muestran cómo entornos institucionales jerárquicos pueden facilitar que individuos ordinarios participen en prácticas de abuso^[40]. Desde esta perspectiva, la violencia ejercida en contextos como centros de detención, aparatos de seguridad o estructuras militares no puede entenderse únicamente como el resultado de decisiones individuales, sino también como el producto de sistemas que normalizan el abuso, diluyen la responsabilidad y generan condiciones que facilitan su repetición. En ausencia de mecanismos que investiguen públicamente estos crímenes y delimiten responsabilidades, la violencia corre el riesgo de permanecer como una experiencia social no elaborada que continúa influyendo en la vida política y social del país.

En ausencia de mecanismos que investiguen públicamente estos crímenes y delimiten responsabilidades, la violencia corre el riesgo de permanecer como una experiencia social no elaborada que continúa influyendo en la vida política y social del país

En el caso sirio, este desafío se intensifica por la multiplicidad de actores implicados en la violencia. A lo largo del conflicto, violaciones graves de derechos humanos han sido atribuidas a fuerzas gubernamentales, milicias aliadas, grupos armados de oposición, organizaciones yihadistas y, en determinados casos, fuerzas internacionales presentes en el territorio. Esta diversidad de responsables complica enormemente la posibilidad de establecer mecanismos de justicia que sean percibidos como legítimos por todas las comunidades afectadas.

El problema de la justicia en Siria no se limita a la ausencia de instituciones capaces de investigar los crímenes cometidos. También afecta a la forma en que la sociedad recuerda la guerra.

[39] Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*. New York: Viking Press, 1963, pp. 252–253, 276, 287.

[40] Zimbardo, Philip, *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil*. New York: Random House, 2007, pp. 7–8, 211–213, 445–446.

6.1. Narrativas del conflicto y memorias divergentes

La guerra en Siria no ha producido una memoria compartida del conflicto, sino interpretaciones profundamente divergentes según las experiencias vividas por cada territorio y comunidad. Para muchas personas que participaron en las protestas de 2011 o sufrieron detenciones, bombardeos y desplazamientos forzados por parte del gobierno, el conflicto sigue siendo recordado como una revolución reprimida violentamente por el régimen de Bashar al-Assad. Para otros sectores, especialmente en regiones que vivieron la expansión de grupos yihadistas como Daesh (Estado Islámico) o Jabhat al-Nusra, la guerra se recuerda sobre todo como un periodo de colapso del orden en el que la prioridad pasó a ser la seguridad frente a actores armados percibidos como amenazas extremas. En territorios del noreste, parte de la población kurda interpreta el conflicto a través de la experiencia de autogobierno y defensa territorial frente a múltiples actores armados. En zonas donde comunidades alauíes, cristianas u otras minorías temieron persecución sectaria, la guerra aparece también asociada a la necesidad de protección frente a un escenario percibido como existencialmente peligroso. Estas experiencias generan narrativas distintas sobre quién fue responsable de la violencia y quién garantizó seguridad en determinados momentos. Como resultado, las memorias de la guerra influyen directamente en la legitimidad que distintos sectores atribuyen hoy al gobierno central, a las fuerzas de oposición, a las administraciones kurdas o a otros actores armados, y condicionan también las expectativas sociales sobre qué tipo de transición política podría considerarse aceptable en el futuro del país.

La guerra en Siria no ha producido una memoria compartida del conflicto, sino interpretaciones profundamente divergentes según las experiencias vividas por cada territorio y comunidad.

La fragmentación de estas memorias se refleja en episodios recientes. Las matanzas de civiles alauíes en la costa en marzo de 2025, que dejaron más de 1.400 víctimas, reforzaron entre sectores de esa comunidad narrativas de vulnerabilidad existencial y demandas de protección estatal, según el informe *World Report 2026: Syria* de Human Rights Watch^[41]. En Sweida, los enfrentamientos entre comunidades drusas y beduinas durante ese mismo año alimentaron memorias locales de abandono estatal y autodefensa comunitaria, según un comunicado de la Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OHCHR)^[42] En el noreste del país, por su parte, parte de la población kurda interpreta la guerra a través de la experiencia de autogobierno y defensa territorial frente a múltiples actores armados.

Estas memorias divergentes reflejan una dinámica frecuente en contextos de posconflicto: el reconocimiento del sufrimiento no se distribuye de manera uniforme. Algunas víctimas adquieren visibilidad política y mediática, mientras que otras permanecen marginadas dentro de las narrativas dominantes. Cuando el reconocimiento del daño se produce de forma desigual, la posibilidad de construir una memoria compartida del conflicto se vuelve especialmente compleja.

^[41] Human Rights Watch, *World Report 2026: Syria*. New York: Human Rights Watch, 2026.

^[42] Office of the United Nations High Commissioner for Human Rights (OHCHR), *UN Experts Alarmed by Attacks on Druze Communities*. Geneva: OHCHR, 2025. Parr 2

6.2 Convivencia sin reconocimiento del daño

A pesar de estas fracturas, en muchas regiones del país las comunidades han vuelto a compartir espacios sociales tras años de guerra. Mercados, servicios básicos o instituciones locales han comenzado a funcionar nuevamente en ciudades donde la intensidad de los combates ha disminuido. Sin embargo, la reactivación de la vida cotidiana no implica necesariamente que se haya producido un proceso de reconciliación social.

Howard Zehr en *The Little Book of Restorative Justice* ha señalado que los sistemas de justicia centrados exclusivamente en la estabilidad política tienden a ignorar las necesidades de las víctimas, lo que dificulta la reconstrucción de relaciones sociales dañadas por la violencia ^[43]. En Siria, muchas comunidades interactúan nuevamente en la vida cotidiana mientras persisten memorias de violencia, desapariciones y agravios que nunca han sido abordados públicamente. La estabilidad que emerge en algunos territorios descansa, en gran medida, sobre acuerdos pragmáticos orientados a evitar nuevas escaladas de violencia más que sobre procesos formales de reconocimiento del daño.

Nils Christie en *Conflicts as Property* argumentó que los conflictos tienden a ser apropiados por instituciones estatales o sistemas judiciales que desplazan a las víctimas del centro del proceso ^[44]. En Siria, la situación produce un resultado similar por una vía distinta: la ausencia de mecanismos institucionales de justicia ha dejado a muchas víctimas sin espacios donde expresar públicamente su experiencia o reclamar reparación.

6.3 Mujeres, paz y seguridad en la transición siria

La agenda de Mujeres, Paz y Seguridad, articulada en torno a la Resolución 1325 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ofrece un marco útil para analizar hasta qué punto los procesos de paz incorporan, o dejan fuera, determinadas experiencias del conflicto. Desde su adopción en el año 2000, esta agenda ha promovido la participación de las mujeres en la prevención de conflictos, las negociaciones de paz y la reconstrucción postbélica, así como su protección frente a la violencia en contextos de guerra ^[45]. En el caso sirio, este marco ha servido también como punto de referencia para impulsar la participación de organizaciones de mujeres en iniciativas de mediación comunitaria, asistencia humanitaria y documentación de violaciones de derechos humanos a lo largo del conflicto. Según documenta el informe *Voices from Syria 2025* de UNFPA ^[46], la violencia sexual no se limita a actos aleatorios, sino que está incrustada en sistemas de dependencia, control y supervivencia económica, donde hombres en posiciones de autoridad explotan las necesidades de mujeres y niñas.

[43] Zehr, Howard, *The Little Book of Restorative Justice*. Intercourse, PA: Good Books, 2002, pp. 36–38, 49–50.

[44] Christie, Nils, “Conflicts as Property”. *British Journal of Criminology*, 1977, pp. 1–3, 7

[45] United Nations Security Council, Resolution 1325 on Women, Peace and Security. New York: United Nations, 2000, párrs. 1–2.

[46] UNFPA y GBV Area of Responsibility (2025). *Voices from Syria 2025*, p. 24. Ginebra: UNFPA.

Sin embargo, su aplicación en Siria ha sido desigual y fragmentaria. Naciones Unidas introdujo algunos mecanismos destinados a incorporar perspectivas de género en el proceso político, entre ellos la creación en 2016 del Women's Advisory Board para asesorar al Enviado Especial para Siria. La intención era que las preocupaciones y experiencias de mujeres sirias pudieran estar presentes en las conversaciones políticas facilitadas por la ONU. En la práctica, no obstante, su papel ha quedado fundamentalmente limitado a funciones consultivas, con escasa capacidad para influir en las decisiones que estructuran el proceso de negociación^[47].

Esta situación refleja una tensión recurrente en los procesos de paz contemporáneos. La institucionalización de mecanismos de consulta o participación femenina puede aumentar la visibilidad de las mujeres en los procesos de negociación, pero no garantiza necesariamente su capacidad para influir en las decisiones que estructuran la transición política. Irene Comins Mingol^[48] señala que la ética del cuidado sitúa la sostenibilidad de la vida en el centro de la acción política como base de una cultura de paz. El trabajo que las mujeres sirias sostienen (mediación, documentación, redes de abastecimiento) no es auxiliar a la paz, sino su infraestructura. Ignorarlo es construir paz sobre silencios.

En el caso sirio, las organizaciones de mujeres han desempeñado un papel relevante en la asistencia humanitaria, la mediación comunitaria y la documentación de violaciones de derechos humanos, pero su presencia en los espacios diplomáticos donde se definen las principales líneas de la transición ha sido irregular.

La Agenda de Mujeres, Paz y Seguridad en Siria revela una tensión entre los marcos normativos internacionales y las dinámicas políticas que configuran el final de los conflictos armados. Esta tensión se desarrolla además en un contexto más amplio de debilitamiento del sistema multilateral y de cuestionamiento de las normas del derecho internacional humanitario y de los derechos humanos. A lo largo del conflicto sirio, numerosas investigaciones han documentado violaciones sistemáticas contra la población civil, lo que ha puesto en evidencia los límites de los mecanismos internacionales para prevenir la violencia, garantizar la protección de las víctimas y asegurar la rendición de cuentas^[49].

6.4 El dilema de la paz sin justicia

El resultado de estas dinámicas es una transición caracterizada por una reducción parcial de la violencia directa, pero sin una arquitectura clara de justicia transicional. La estabilidad que emerge en algunas regiones del país depende más de equilibrios políticos frágiles y de la fatiga social tras años de guerra que de un proceso sistemático de reconocimiento del daño.

Este escenario plantea un dilema central para el futuro de Siria. Por un lado, muchas comunidades priorizan la reconstrucción de condiciones mínimas de vida y la prevención de nuevas escaladas de violencia. Por otro, la ausencia de mecanismos

^[47] UN Women, *Women's Meaningful Participation in the Syrian Political Process*. New York: UN Women, 2018, p. 9.

^[48] Comins Mingol, Irene. "La ética del cuidado y la cultura de paz." *Tiempo de Paz*, nº 109. Madrid: Fundación Cultura de Paz / CEIPAZ, 2013.

^[49] Human Rights Watch, *World Report 2026: Syria*. New York: Human Rights Watch, 2026, pp. 594–596.

que reconozcan a las víctimas, esclarezcan responsabilidades y permitan elaborar públicamente la experiencia de la guerra dificulta la reconstrucción de confianza social y la legitimidad de las instituciones emergentes.

La experiencia comparada muestra que los procesos de verdad, justicia y reparación suelen desarrollarse durante décadas y requieren condiciones políticas relativamente estables. En Siria, la transición actual se encuentra todavía lejos de ese punto. Mientras no existan mecanismos que reconozcan a las víctimas y aborden el legado de violencia del conflicto, la estabilidad política que emerge seguirá apoyándose sobre bases sociales frágiles y memorias del daño que permanecen sin resolución.

7. Conclusiones

Las consideraciones expuestas apuntan a un país que no ha llegado a la paz y a una sociedad que intenta, con fragilidad, salir de la narrativa imperante de la guerra de estos catorce años. Siria se encuentra en un momento difícil en el que el conflicto ya no ocupa siempre el primer plano de la vida cotidiana, pero sigue estructurando temores, decisiones, instituciones y jerarquías.

Por eso, hablar de paz imperfecta en Siria tiene sentido, no como una meta alcanzada, sino como una apertura: un espacio todavía vulnerable desde el que desafiar el lenguaje, los reflejos y la amenaza de la violencia como forma de organizar lo común.

Hoy, Siria intenta sostener ese umbral de no-guerra en un entorno regional que vuelve a organizarse en torno a dinámicas de confrontación militar. La escalada del conflicto entre Estados Unidos, Israel e Irán desde finales de febrero de 2026 no solo ha reactivado la confrontación militar regional, sino que además ha reinstaurado un marco político que resuena también en Siria: la fuerza vuelve a presentarse como método legítimo de toma de decisiones y la impunidad estratégica de unos pocos se impone sobre la seguridad y el bienestar de las mayorías. Sin embargo, representa al mismo tiempo un contraste necesario y esperanzador: un territorio que intenta salir de la guerra en medio de un contexto que se rearma simbólica, política y materialmente, estrecha el horizonte de paz y aumenta el riesgo de verse arrastrado nuevamente por dinámicas militares y nuevas escaladas de violencia.

Siria vive con especial crudeza ese peligro. La guerra ha dejado una huella tan profunda que muchas formas de organización social siguen articuladas por reflejos defensivos: quién controla, quién puede hablar, quién protege, quién distribuye, quién tiene armas, quién puede circular. Cuando todo se reorganiza alrededor de la figura del enemigo y de las amenazas, el esfuerzo por pensar en términos de derechos, inclusión, reparación, pluralismo o cogestión del poder se vuelve extraordinariamente difícil.

En este sentido, el análisis desborda el marco de la transición siria para interrogar también la naturaleza del orden regional e internacional que la condiciona. Lo que observamos hoy en Oriente Medio no es una mera sucesión de conflictos locales, sino la expresión de una reconfiguración geopolítica más amplia en la que potencias

internacionales y regionales convierten la coerción militar en instrumento ordinario de negociación o el castigo económico en forma de diplomacia. Las interrupciones del tráfico energético en el estrecho de Ormuz, por donde transita aproximadamente una quinta parte del petróleo y del gas licuado mundial, la volatilidad inducida en los precios de los hidrocarburos y la alteración de corredores humanitarios y rutas aéreas no constituyen efectos colaterales, sino mecanismos centrales de este momento. La escalada regional ya está afectando a los accesos humanitarios en Siria y desorganizando cadenas logísticas internacionales con implicaciones profundas para la población civil.

Atribuir esta guerra regional a una causa única sería analíticamente insostenible. Pero resultaría igualmente ingenuo ignorar la centralidad de los recursos, de las infraestructuras energéticas y de la competencia geopolítica en su desarrollo y perpetuación. En este tablero, la ciudadanía siria, al igual que la yemení, la libanesa o la palestina, se encuentra en una condición de precariedad estructural, en la que los costes humanos, económicos y emocionales se socializan y distribuyen de manera desigual, mientras que las decisiones estratégicas permanecen concentradas en unos pocos centros de poder político, militar y económico. Para Siria, precisamente en el momento en que más necesitaría tiempo y margen de acción para una transición propia, el riesgo de ser nuevamente tratada como escenario de ajuste estratégico se vuelve especialmente acuciante. La paz que se negocia en los despachos corre así el peligro de quedar condicionada por lógicas que poco tienen que ver con las necesidades de quienes habitan el país.

Ante este escenario, una mirada pacifista obliga a formular una advertencia clara. No toda no-guerra es paz. Y no toda estabilización contiene ya una transición pacífica. Puede haber gobierno sin legitimidad social, recomposición sin transformación, silencio sin reconciliación, retorno sin reintegración o participación formal sin redistribución real del poder. Siria se encuentra precisamente en ese umbral frágil: en un momento en que podría comenzar a desplazar el eje de su historia desde la guerra hacia la vida, pero todavía bajo estructuras internas que continúan privilegiando la contención del conflicto sobre su transformación, la fuerza sobre el cuidado y la gestión del daño sobre su reparación.

De este análisis se desprende que la paz en Siria se jugará en la gobernanza mucho más que en el alto el fuego. Lo decisivo ya no es únicamente si regresan o no los grandes combates, sino qué tipo de Estado emerge de las ruinas de la guerra, cómo se distribuirán la autoridad y los recursos y si ese nuevo orden será capaz de incorporar de manera real la pluralidad social, territorial, étnica, religiosa y política del país. Si la transición se limita a recentralizar el poder sin participación genuina de personas kurdas, cristianas, drusas, alauíes, y sociedad civil independiente, lo que puede emerger no es una paz compartida, sino una paz de vencedor: estable en apariencia, pero cargada de resentimiento, desconfianza y conflicto aplazado.

Lo mismo vale para el acuerdo entre Damasco y las SDF. Una transición sostenible exige pasar de la lógica de la subordinación a la lógica del reconocimiento. Si las periferias, las minorías y los actores sociales perciben que simplemente se les pide obediencia, lo que hoy parece contención puede convertirse mañana en una nueva fractura.

Por ello resulta preocupante la situación de la sociedad civil siria. Durante los años más duros de la guerra, no fueron los grandes aparatos de poder quienes sostuvieron la vida cotidiana, sino redes locales, asociaciones profesionales, colectivos de mujeres, activistas, personal sanitario, líderes y lideresas comunitarias y familias organizadas que documentaron desapariciones, mediaron en conflictos locales, organizaron apoyo psicosocial o mantuvieron escuelas informales. El riesgo de que estos actores queden relegados en la recomposición del país mientras se consolidan pactos entre élites militares, administrativas o religiosas es real.

Asimismo, cualquier transición sostenible en Siria exige una lectura feminista que desvele cómo el patriarcado se recompone en la posguerra: estructuras masculinizadas en la gobernanza, la negociación y la seguridad operan como si fueran neutrales, pero perpetúan la exclusión sistemática de las mujeres. Esta exclusión no es un efecto colateral: es la condición para silenciar las violencias que ellas han soportado y presentar el nuevo orden como legítimo. La ausencia de mujeres en los espacios donde se negocian verdad, justicia y memoria garantiza que esas violencias queden fuera del relato oficial, sin responsabilidades ni reparaciones. Por eso, la inclusión no puede limitarse a lo testimonial: se trata de revertir un orden que las ha excluido para que quienes han sostenido la vida durante la guerra tengan poder efectivo para decidir el futuro común. Ignorar esta necesidad no es neutralidad: es tomar partido por un orden patriarcal que construye la paz sobre los silencios de las mujeres.

El pragmatismo del nuevo gobierno encierra así una ambivalencia de fondo: puede abrir el camino a una transición gradual que evite nuevas fracturas, o convertirse en una estrategia para recomponer la autoridad sin alterar sus fundamentos, lo que puede llevar a una relativa convivencia, sin reconciliación como señalábamos al principio del artículo. El futuro sirio se jugará en esa tensión entre apertura e inercia autoritaria.

La comunidad internacional tiene también un papel decisivo en esta transición. La reconstrucción, el levantamiento de sanciones o la normalización política pueden contribuir a estabilizar el país, pero también pueden terminar legitimando nuevas formas de autoritarismo si se convierten en concesiones incondicionales en nombre de la estabilidad. Vincular estos procesos a avances verificables en inclusión política, garantías para las minorías, espacio cívico seguro y justicia no selectiva puede ayudar a equilibrar una transición inevitablemente asimétrica.

De este análisis se desprende igualmente que la paz en Siria difícilmente podrá construirse o consolidarse sin el trabajo de quienes la impulsan desde ámbitos que rara vez se nombran como construcción de paz. Esto incluye organizaciones de acción humanitaria, municipios, organizaciones sociales locales, centros de salud, escuelas, espacios de apoyo psicosocial, asociaciones de barrio o redes comunitarias. En todos estos espacios, lo que llamamos instituciones se concreta en decisiones, prácticas y relaciones sostenidas por personas. Por eso la construcción de paz no depende únicamente de marcos o programas, sino de estilos de trabajo, de cómo se ejerce la autoridad, de cómo se escucha, de cómo se distribuye la palabra y de si se reproduce una verticalidad autoritaria basada en la obediencia o se abre un espacio de reconocimiento y respeto.

La participación de la ciudadanía siria en sus propios procesos corre así el riesgo de convertirse en un ritual de legitimación más que en un proceso real de decisión.

Crear en la paz exige algo más que buenas intenciones: implica reconocer que el modo de trabajar (horizontal, transparente y verdaderamente participativo) forma parte del contenido mismo de la transformación que se busca.

En ese sentido, la paz se practica. No se trata de romanticismo ni de sensiblería, sino de construcción en el sentido más profundo: desaprender los hábitos que la guerra graba en los cuerpos. La guerra simplifica al otro hasta convertirlo en amenaza, endurece identidades, naturaliza la obediencia, instala la desconfianza como reflejo cotidiano y convierte el mando o la resistencia en formas habituales de relación. La paz, en cambio, exige otra disciplina: complejizar la mirada, abrir lo que estaba cerrado, compartir lo escaso, reparar lo dañado, contener el impulso de venganza, sostener la propia vulnerabilidad sin esconderla y reconocer la ajena sin aprovecharse de ella. Nada de esto ocurre únicamente porque exista un acuerdo firmado o una declaración internacional bien redactada. La paz se practica en el mercado, en la escuela, en la cola del agua, en la negociación cotidiana con el vecino que hasta ayer era “el otro”.

Por eso importan las acciones de paz que no arrancan titulares: las familias que buscan verdad sin convertir el dolor en venganza, las mediaciones que evitan una escalada de violencia local, equipos que incorporan cuidado y escucha donde otros solo ven gestión, personas que sostienen espacios de encuentro cuando todo empuja a la polarización, docentes que enseñan sin reproducir odio o colectivos que defienden memoria y derechos cuando el contexto empuja a callar. ^[1]Estas prácticas rara vez ocupan el centro del debate geopolítico, pero sostienen algo esencial: el clima moral que permite reconstruir la convivencia. Y sin ese suelo cotidiano de reconocimiento, cuidado y confianza, ningún acuerdo político, por ambicioso que sea, logra sostenerse en el tiempo.

Romper con la lógica de la guerra exige verdad para las víctimas, justicia para los daños negados, condiciones materiales de dignidad, apertura de espacios no militarizados, redistribución de recursos y reconocimiento de quienes han sostenido la vida sin decidir nunca sus términos. Exige, en última instancia, una decisión ética y política de no volver a organizar el mundo desde la lógica del vencedor y del enemigo.

Ese es el reto sirio: no solo salir de una guerra, sino impedir que la lógica de la guerra siga organizando el futuro. Si el orden geopolítico continúa empujando hacia la confrontación, la paz en Siria será aún más difícil de construir, pero también más urgente. Y precisamente por eso conviene recordar algo elemental y radical a la vez: la paz no es ingenuidad frente a la violencia, sino la decisión política de no aceptarla como destino.

8. Referencias bibliográficas

Referencias académicas

- Al-Haj Saleh, Y. (2017). *The Impossible Revolution: Making Sense of the Syrian Tragedy*. London: Hurst & Company.
- Arendt, H. (1963). *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*. New York: Viking Press.
- Betts, A., Bloom, L., Kaplan, J., & Omata, N. (2017). *Refugee Economies: Forced Displacement and Development*. Oxford: Oxford University Press.
- Christie, N. (1977). Conflicts as Property. *British Journal of Criminology*, 17(1), 1–15.
- Comins Mingol, I. (2013). La ética del cuidado y la cultura de paz. *Tiempo de Paz*, 109.
- Galtung, J. (1969). Violence, Peace and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167–191.
- Galtung, J. (1990). Cultural Violence. *Journal of Peace Research*, 27(3), 291–305.
- Hayner, P. (2011). *Unspeakable Truths: Transitional Justice and the Challenge of Truth Commissions*. New York: Routledge.
- Horst, C. (2006). Transnational Livelihoods and Peacebuilding. *Journal of Peacebuilding and Development*, 2(3), 18–30.
- Kaldor, M. (2012). *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.
- Lederach, J. P. (1997). *Building Peace: Sustainable Reconciliation in Divided Societies*. Washington D.C.: United States Institute of Peace Press.
- Mac Ginty, R. (2014). Everyday Peace: Bottom-up and Local Agency in Conflict-Affected Societies. *Conflict, Security & Development*, 14(5), 541–558.
- Martínez Guzmán, V. (2001). *Filosofía para hacer las paces*. Barcelona: Icaria.
- Muñoz, F. A. (2001). *La paz imperfecta*. Granada: Universidad de Granada.
- Zehr, H. (2002). *The Little Book of Restorative Justice*. Intercourse, PA: Good Books.
- Zimbardo, P. (2007). *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil*. New York: Random House.
-

Informes y documentos institucionales

- Human Rights Watch. (2026). *World Report 2026: Syria*. New York: Human Rights Watch.
- IFRC (International Federation of Red Cross and Red Crescent Societies). (2026). *Syria Complex Emergency Appeal MDRSY014*. Geneva: IFRC.
- Médecins Sans Frontières (MSF). (2026). *After Years of Detention, Former Al-Hol Residents Face Uncertain Future*. Paris: MSF.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2025). *Syria: Labour market recovery and challenges*. Beirut: OIT
- OCHA (Office for the Coordination of Humanitarian Affairs). (2026a). *Global Humanitarian Overview 2026*. New York: United Nations.
- OCHA (Office for the Coordination of Humanitarian Affairs). (2026b). *Syrian Arab Republic: Aleppo and Northeast Governorates Escalation Response Dashboard*. United Nations.

- OHCHR (Office of the United Nations High Commissioner for Human Rights). (2025). *UN Experts Alarmed by Attacks on Druze Communities*. Geneva: United Nations.
- PopulationPyramid.net. (2026). *Syrian Arab Republic Population Pyramid 2026*.
- Syrian Network for Human Rights. (2026). *SNHR Annual Report on Civilian Casualties in Syria*.
- UNDP (United Nations Development Programme). (2025a). *Accelerating Economic Recovery in Syria*.
- UNDP (United Nations Development Programme). (2025b). *Socio-Economic Impact Assessment of the Syrian Conflict*.
- UNDP (United Nations Development Programme) (2025c). *The Impact of the Conflict in Syria: a devastated economy, pervasive poverty and a challenging road ahead to social and economic recovery*. Ginebra: PNUD, 20 de febrero, p. 1.
- UNFPA (United Nations Population Fund). (2024). *Voices from Syria 2024: Assessment of Gender-Based Violence in Humanitarian Settings*.
- UNFPA y GBV Area of Responsibility (2025). *Voices from Syria 2025*, p. 24. Ginebra: UNFPA.
- UNFPA (United Nations Population Fund). (2026). *Aleppo & Northeast Syria Flash Appeal*.
- UNHCR (United Nations High Commissioner for Refugees). (2025). *Global Trends: Forced Displacement in 2025*.
- UNHCR (United Nations High Commissioner for Refugees). (2026). *Syria Operational Update*.
- United Nations General Assembly. (2026). *Resolution on the Establishment of the Independent Institution on Missing Persons in the Syrian Arab Republic (A/RES/77/301)*.
- United Nations Security Council. (2000). *Resolution 1325 on Women, Peace and Security (S/RES/1325)*.
- UN Women. (2018). *Disrupted Families: The Gendered Impacts of Displacement and Return in Syria*.
- UN Women. (2018). *Women's Meaningful Participation in the Syrian Political Process*.
- UN Women. (2024). *Women's Economic Participation in Syria*.
- World Bank. (2024). *Youth Unemployment Rate for the Syrian Arab Republic*.